

VALERIO.- Ya que lo queréis, hay que decidirse a ello.  
(*Cogen cada cual un palo y lo golpean*).

SGANARELLE.- ¡Ay, ay, ay! Señores, soy todo lo que os plazca.

VALERIO.- ¿Por qué, señor, nos obligáis a esta violencia?

LUCAS.- ¿Por qué causarnos el dolor de pegaros?

VALERIO.- Os aseguro que lo lamento más que nada en el mundo.

LUCAS.- Por mi alma que me disgusta de veras.

SGANARELLE.- ¿Qué demonio es esto, señores? Por favor, ¿es una humorada o desbarráis queriendo que yo sea médico?

VALERIO.- ¡Cómo! ¿No os rendís aún y os negáis a ser médico?

SGANARELLE.- ¡Que el diablo me lleve si lo soy!

LUCAS.- ¿No es cierto que seáis médico?

SGANARELLE.- No, aunque me consuma la peste. (*Le golpean de nuevo*). ¡Ay, ay! ¡Ea!, señores; sí, puesto que lo queréis, soy médico; soy médico, y boticario también, si os parece. Prefiero acceder a todo antes que morir acogotado.

VALERIO.- ¡Ah! Eso está bien, señor; me alegra veros razonable.

LUCAS.- Me colma de alegría oíros hablar así.

VALERIO.- Os pido perdón con toda mi alma.

LUCAS.- Os pedimos disculpa por la libertad que nos hemos tomado.

SGANARELLE.- (*Aparte*). ¡Pardiez! ¿Seré yo el que me equivoque y me habré hecho médico sin notarlo?

VALERIO.- Señor, no os arrepentiréis de revelarnos lo que sois, y veréis, con seguridad, cómo quedaréis satisfecho.

SGANARELLE.- Pero, decidme, señores; ¿no os equivocáis a vuestra vez? ¿Está comprobado que soy médico?

LUCAS.- Sí, por mi vida.

SGANARELLE.- ¿De veras?

VALERIO.- Sin duda.

SGANARELLE.- ¡Pues lléveme el diablo si lo sabía!

VALERIO.- ¡Cómo! Sois el médico más hábil del mundo.

SGANARELLE.- ¡Ja, ja!

LUCAS.- Un médico que ha curado no sé cuántas enfermedades.

SGANARELLE.- ¡Hola!

VALERIO.- Una mujer era tenida por difunta hacia seis horas; estaban a punto de enterrarla, cuando con una gota de algo la hicisteis recobrar y andar en seguida por el aposento.

SGANARELLE.- ¡Vaya!

LUCAS.- Un niño de doce años se dejó caer desde lo alto de un campanario, rompiéndose la cabeza, las piernas y los brazos, y vos, con no sé qué unguento, hicisteis que se pusiera en pie inmediatamente y se fuera a jugar a las bolas.

SGANARELLE.- ¡Diantre!

VALERIO.- En fin, señor, quedaréis satisfecho de nosotros y ganaréis lo que queráis dejándoos conducir a donde podemos llevaros.

SGANARELLE.- ¿Ganaré lo que quiera?

VALERIO.- Sí.

SGANARELLE.- ¡Ah! Soy médico, sin disputa. Lo había olvidado; mas ahora vuelvo a acordarme. ¿De qué se trata? ¿Adónde hay que trasladarse?

VALERIO.- Nosotros os conduciremos. Se trata de ir a ver a una jover que ha perdido el habla.

SGANARELLE.- A fe mía, yo no la he encontrado.

VALERIO.- (Bajo, a Lucas). Le gusta la chanza.  
(A Sganarelle). Vamos señor.

SGANARELLE.- ¿Sin vestidura de galeno?

VALERIO.- Nosotros llevaremos una.

SGANARELLE.- (Entregando su botella a Valerio). Tened esto ahí es donde echo mis julepes. (Volviéndose luego hacia Lucas y escupiendo). Vos pisad ahí, por prescripción médica.

LUCAS.- ¡Voto a bríos! Este médico me gusta; creo que triunfará, porque es chocarrero.

## ACTO II.

La escena representa un aposento en casa de Geronte.

### ESCENA PRIMERA.

GERONTE, VALERIO, LUCAS Y JACQUELINE.

VALERIO.- Sí, señor; creo que quedaréis satisfecho, ya que os hemos traído al más grande de los médicos del mundo.

LUCAS.- ¡Oh, pardiez! Hay que tirar la casa por la ventana, y todos los demás no sirven ni para descalzarle.

VALERIO.- Es un hombre que ha realizado curaciones asombrosas.

LUCAS.- Que ha sanado a gentes que estaban muertas.

VALERIO.- Es un tanto caprichoso, como ya os he dicho, y a veces tiene momentos en que se le va el santo al cielo y no parece lo que es.

LUCAS.- Sí; le gusta chancearse, y a ratos, se diría, con vuestra venia, que tiene vena de loco.

VALERIO.- Mas, en el fondo, es todo ciencia, y con frecuencia dice cosas muy elevadas.

LUCAS.- Cuando se le antoja, habla con gran talento, como si leyese en un libro.

VALERIO.- Su fama se ha difundido hasta aquí, y todo el mundo acude a él.

GERONTE.- Ardo en deseos de verle; traédmele aquí pronto.

VALERIO.- Voy a buscarle.

ESCENA II.

GERONTE, JACQUELINE Y LUCAS.

JACQUELINE.- A fe mía, señor, este hará lo que han hecho los otros. Creo que será lo mismo; y la mejor medicina que podrían dar a vuestra hija sería, a mi entender, un guapo y buen marido por el que sienta amor.

GERONTE.- ¡Pardiez, amiga! Os metéis en todo.

LUCAS.- Callad, dueña Jacqueline; no tenéis que meter la nariz en esto.

JACQUELINE.- Os digo y os repito que todos estos médicos no darán más que agua clara; que vuestra hija necesita otra cosa que el ruibarbo y el sen, y que un marido es el emplasto que cura todos los males de las mozas.

GERONTE.- ¿Se halla ahora en estado de que quiera nadie cargar con ella, dada la dolencia que sufre? Y cuando he querido casarla, ¿no se ha opuesto a mi voluntad?

JACQUELINE.- ¡Ya lo creo! Queréis darla un hombre al que no ama. ¿Por qué no escogéis al señor Leandro, que conmueve su corazón? Entonces os hubiera obedecido sin rechistar, y apuesto cualquier cosa que él la tomaría, tal como es, si quisierais dársela.

GERONTE.- El tal Leandro no es el que le conviene: no tiene fortuna como el otro.

JACQUELINE.- Tiene un tío muy rico, del que es heredero.

GERONTE.- Todos esos bienes futuros me parecen otras tantas cantilenas. No hay nada como el que se posee; y corre uno el riesgo de engañarse cuando se cuenta con el caudal que otro os reserva. La muerte no siempre tiene los oídos abiertos a los deseos y a las peticiones de los señores herederos; y se le ponen a uno largos los dientes cuando se espera, para vivir, el fallecimiento del a- -- quien.

JACQUELINE.- En fin, he oído siempre decir que en el matrimonio, como en otras cosas, la dicha prescinde de la riqueza. Los padres y las madres tienen la condenada costumbre de preguntar siempre: "¿Cuánto tiene él? ¿Cuánto tiene ella?" Y mi compadre Pedro ha casado a su hija Simóni-lla con el gordo Tomás porque tenía una fanega de viña más que el joven Robin, al que consagraba su querer; y ved a la pobre criatura, que se ha quedado amarilla como un membrillo y que no ha medrado desde ese día. Es un buen ejemplo para vos, señor. Sólo importa el gusto de una en este mundo; y yo preferiría dar mi hija a un buen marido que le fuese agradable a todas las riquezas de la comarca.

GERONTE.- ¡Pardiez, mi señora la nodriza, cómo parláis! Callaos, os lo ruego; os preocupáis demasiado y revolvéis vuestra leche.

LUCAS.- *(Golpeando a cada frase que pronuncia sobre el pecho de Geronte).* ¡Voto al chápíro! Calla; eres un impertinente. Al señor no le interesan tus discursos, y ya sabe él lo que tiene que hacer. Ocúpate de dar la teta a tu rorro, sin echártelas tanto de discutidora. El señor es el padre de su hija, y es bueno y cuerdo para ver lo que ella necesita.

GERONTE.- Poco a poco. ¡Oh! Poco a poco.

LUCAS.- *(Volviendo a golpear sobre el pecho de Geronte).* Señor, quiero mortificarla un poco y enseñarle el respeto que os debe.

GERONTE.- Sí. Más esos gestos no son necesarios.

### ESCENA III.

VALERIO, SGANARELLE, GERONTE, LUCAS Y JACQUELINE.

VALERIO.- Señor, preparaos. Aquí entra nuestro médico.

GERONTE.- (A Sganarelle). Señor, estoy encantado de veros en mi casa; tenemos gran necesidad de vos.

SGANARELLE.- (Vestido de médico, con un sombrero de los más puntiagudos). Hipócrates dice... que nos cubramos los dos.

GERONTE.- ¿Dice eso Hipócrates?

SGANARELLE.- Sí.

GERONTE.- ¿En qué capítulo, por favor?

SGANARELLE.- En su capítulo .... de los sombreros.

GERONTE.- Puesto que Hipócrates lo dice, habrá que hacerlo.

SGANARELLE.- Señor médico, al saber las maravillas...

GERONTE.- ¿Con quién habláis, por favor?

SGANARELLE.- Con vos.

GERONTE.- Yo no soy médico.

SGANARELLE.- ¿No sois médico?

GERONTE.- No, en verdad.

SGANARELLE.- (Coge un palo y le golpea, como han hecho con

el). ¿De veras?

GERONTE.- De veras. ¡Ay, ay, ay!

SGANARELLE.- Sois médico ahora; yo no me he graduado de otro modo.

GERONTE.- (A Valerio). ¿Qué diablo de hombre me habéis traído?

VALERIO.- Ya os he dicho que era un médico chocarrero.

GERONTE.- Sí. Mas yo le mandaré a paseo con sus chocarrerías.

LUCAS.- No os fijéis en eso, señor; es tan solo por chanza.

GERONTE.- No me gustan esas chanzas.

SGANARELLE.- Señor, os pido perdón por la libertad que me he tomado.

GERONTE.- Señor..., a vuestras órdenes.

SGANARELLE.- Siento que...

GERONTE.- No ha sido nada...

SGANARELLE.- Unos palos...

GERONTE.- No hay mal en ello.

SGANARELLE.- Que he tenido el honor de daros.

GERONTE.- No hablemos más de eso. Señor, tengo una hija que está atacada de una extrema dolencia.

SGANARELLE.- Estoy encantado, señor, de que vuestra hija me necesite; y desearía con todo mi corazón que vos también tuviera necesidad de mí, vos y toda vuestra familia, para mostraros el afán que tengo en serviros.

GERONTE.- Os agradezco esos sentimientos.

SGANARELLE.- Os aseguro que os hablo con la mejor sinceridad de mi alma.

GERONTE.- Me hacéis demasiado honor.

SGANARELLE.- ¿Cómo se llama vuestra hija?

GERONTE.- Lucinda.

SGANARELLE.- ¡Lucinda! ¡Ah! Bello nombre para curarse.  
¡Lucinda!

GERONTE.- Voy un momento a ver qué hace.

SGANARELLE.- ¿Quién es esa mujeruca?

GERONTE.- Es la nodriza de mi hijito.

#### ESCENA IV.

SGANARELLE, JACQUELINE Y LUCAS.

SGANARELLE.- (Aparte) ¡Pardiez! ¡Lindo mueble! (Alto).  
¡Ah! Nodriza, encantadora nodriza, mi medicina es la esclava humildísima de vuestra cualidad nutricia, y quisiera yo ser el rorro afortunado que mamase la leche de vuestras gracias. (Le pone la mano sobre el seno). Todos mis remedios, toda mi ciencia, toda mi capacidad, están a vuestro servicio, y...

LUCAS.- Con vuestro permiso, señor, dejad a mi mujer, os lo ruego.

SGANARELLE.- ¡Ah! Es vuestra mujer?

LUCAS.- Sí.

SGANARELLE.- ¡Ah! Realmente yo lo ignoraba, y me congratulo por afecto al uno y a la otra. (Finge querer abrazar a Lucas y abraza a la nodriza).

LUCAS.- (Tirando de Sganarelle y colocándose entre él y su mujer). Poco a poco, si os place.

SGANARELLE.- Os aseguro que me encanta que estéis unidos. La felicito a ella por tener un marido como vos, y os felicito a vos por tener una mujer tan bella, tan cuerda y tan bien formada como es. (Finge de nuevo abrazar a Lucas, que le tiende los brazos; pasa por debajo y vuelve a abrazar a la nodriza).

LUCAS.- (Tirando de él otra vez). ¡Eh, pardiez, no tantos cumplidos, os lo suplico!

SGANARELLE.- ¿No queréis que me regocije con vos de tan hermoso maridaje?

LUCAS.- Conmigo, todo lo que se os antoje; mas con mi mujer, basta de ceremonia.

SGANARELLE.- Comparto por igual la felicidad de ambos. Y si os abrazo para testimoniáros mi alegría, la abrazo a ella también con igual propósito. (Repite el juego).

LUCAS.- (Tirando de él por tercera vez). ¡Ah, voto a sanes, señor médico; cuántas necedades!

#### ESCENA V.

GERONTE, SGANARELLE, LUCAS Y JACQUELINE.

GERONTE.- Señor, ahora veréis a mi hija, que van a traerlos.

SGANARELLE.- La espero, señor, con toda la medicina.

GERONTE.- ¿Dónde está?

SGANARELLE.- (Tocándose la frente). Aquí dentro.

GERONTE.- Muy bien.

SGANARELLE.- Más, como me intereso por toda vuestra familia, tengo que probar un poco de la leche de vuestra nodriza y que examinar su seno. (Se acerca a Jacqueline).

LUCAS.- (Tirando de él y haciéndole girar). ¡Ca! Eso no os concierne.

SGANARELLE.- Es misión del médico ver los pechos de las nodrizas.

LUCAS.- No hay misión que valga; soy vuestro servidor.

SGANARELLE.- ¿Tienes el atrevimiento de oponerte al médico? Sal de aquí.

LUCAS.- Me río de eso.

SGANARELLE.- (Mirándole ceñudo). Te daré calentura.

JACQUELINE.- (Cogiendo a Lucas por el brazo y haciéndole que gire también). Sal de aquí, en verdad. ¿Es que no soy lo bastante crecida para defenderme yo misma si me hace algo que no se deba hacer?

LUCAS.- Yo no quiero que te toque.

SGANARELLE.- ¡Fuera el villano celoso de su mujer!

GERONTE.- Aquí está mi hija.

## ESCENA VI.

LUCINDA, GERONTE, SGANARELLE, VALERIO, LUCAS Y JACQUELINE.

SGANARELLE.- ¿Es ésta la enferma?

GERONTE.- Sí. Es la única hija que tengo, y sería para mí la mayor pena del mundo que muriese.

SGANARELLE.- Ya se cuidará muy bien de tal cosa. No debe morir sin que lo mande el médico.

GERONTE.- Vamos, traed sillas.

SGANARELLE.- (Sentado entre Geronte y Lucinda). He aquí una enfermedad poco repugnante, y creo que un hombre bien sano se acostumbraría a ella fácilmente.

GERONTE.- La habéis hecho reír, señor.

SGANARELLE.- Magnífico; es la mejor señal que el médico haga reír al enfermo. (A Lucinda). ¡Ea! ¿De qué se trata? ¿Qué tenéis? ¿Cuál es el dolor que sentís?

LUCINDA.- (Llevándose la mano a la boca, a la cabeza y bajo la barbilla). Han, hi, hon, han.

SGANARELLE.- ¿Eh? ¿Qué decís?

LUCINDA.- Han, hi, hon.

SGANARELLE.- Han, hi, hon, han, ha. No os entiendo nada. ¿Qué diablo de lenguaje es ése?

GERONTE.- Señor, ésa es su enfermedad. Se ha quedado muda, sin que hasta ahora se haya podido saber la causa, y es un accidente que hace aplazar su casamiento.

SGANARELLE.-¿ Y por qué?

GERONTE.-El hombre con quien debe casarse quiere esperar su curación para rematar la cosa.

SGANARELLE.-¿Y quién es ese necio que no quiere que su mujer sea muda? ¡Pluguiera al cielo que la mía padeciese esta enfermedad!  
¡Me guardaría muy bien de curarla!

GERONTE.-En fin, señor; os rogamos que utilizéis todos vuestros recursos para aliviarla de su mal.

SGANARELLE.-¡Ah! No os preocupéis. Decidme, por favor, ¿la oprime mucho ese mal?

GERONTE.-Sí, señor.

SGANARELLE.-Tanto mejor. ¿Siente grandes dolores?

GERONTE.-Muy grandes.

SGANARELLE.-Eso está bien...¿Va a donde sabéis?

GERONTE.-Sí.

SGANARELLE.-¿Copiosamente?

GERONTE.-No soy entendido en eso.

SGANARELLE.-¿Y es buena la materia?

GERONTE.-Tampoco entiendo de eso.

SGANARELLE.-*(A Lucinda.)* Dadme el brazo.*(A Geronte.)* Este pulso indica que vuestra hija es muda.

GERONTE.-¡Ah, sí señor! Esa es su dolencia; lo habéis averiguado de primera intención.

SGANARELLE.-¡Ah, ah!

JACQUELINE.-¡Ved cómo ha adivinado la enfermedad!

SGANARELLE.-Nosotros, los grandes médicos, conocemos en seguida las cosas. Un ignorante se hubiera sentido indeciso y os habría dicho es esto, es aquello; mas yo doy en el blanco a la primera, y os afirmo que vuestra hija es muda.

GERONTE.-Sí; mas yo quisiera que me dijerais de qué proviene eso.

SGANARELLE.-No hay nada más fácil. Eso proviene de que ha perdido el habla.

GERONTE.-Muy bien; mas ¿cuál es la causa de que haya perdido el habla, si os place?

SGANARELLE.-Todos nuestros mejores autores os dirán que es el impedimento de la acción de su lengua.

GERONTE.-Mas, insistiendo: ¿cuál es vuestra opinión sobre este impedimento de la acción de su lengua?

SGANARELLE.-Aristóteles dice sobre eso..., dice cosas magníficas.

GERONTE.-Lo creo.

SGANARELLE.-¡Ah!...Era un grande hombre.

GERONTE.-Sin duda.

SGANARELLE.-Un grande hombre por completo.*(Alzando el brazo hasta el codo.)* Un hombre más grande que yo, tanto así. Volviendo, pues, a nuestro razonamiento, sostengo que ese impedimento de la acción de su lengua está causado por ciertos humores, que llamamos, nosotros los sabios, *humores pecantes*; es decir..., humores pecantes, tanto más cuanto que los vapores formados por las exhalaciones de las influencias que se elevan en la región de la enfermedades, viniendo..., por decirlo así..., a... ¿entendéis el latín?